

Por la encarnación del Verbo, la naturaleza divina se ha unido de tal modo á la naturaleza humana, que no hay en estas dos naturalezas más que una sola persona. Así pues somos, por decirlo así, llamados y asociados por la Eucaristía al honor de este puesto supremo, y á la participación de una alianza tan santa, tan perfecta, tan sublime, tan excelente y divina. Porque la palabra de Dios y la teología nos enseñan que Jesucristo ha instituido este sacramento para extender, dilatar y consumir en nosotros el misterio de la encarnación. En efecto; hallándose la Divinidad unida á su sagrado cuerpo por la unión hipostática, que es una unión sustancial, personal, y hallándose también su cuerpo unido al nuestro, no hipostáticamente, sino íntima y admirablemente por la comunión, nuestro cuerpo está unido á la misma Divinidad ya en esta vida por medio de la sagrada carne de Jesucristo.

Hay una cadena única, admirable, preciosa y superior á todo precio, por medio de la cual el Padre eterno liga y une, ya en esta vida, el cuerpo terrenal y mortal de los hombres á la esencia suprema de la Divinidad; cadena compuesta de tres eslabones unidos entre sí. El primero es la residencia esencial y sustancial de la Divinidad del Padre en la persona del Hijo por la generación eterna. El segundo es la residencia sustancial y personal del Hijo en el cuerpo de Jesucristo por la encarnación. El tercero es la residencia sustancial y corpórea del cuerpo deificado de Jesucristo en los nuestros por medio de la Eucaristía. Así por ciertos grados y escalones nos hallamos unidos sustancialmente á la esencia de Dios ya en esta vida; unión tan grande que no puede ser suplida en este mundo por ningún otro sacramento! De ahí la máxima universal de los Padres y de todos los maestros de la vida espiritual é interior, que, con relación á este lugar de destierro en que nos hallamos, y métricas en él nos hallamos, el mayor de los males que puede sucedernos es hallarnos separados del cuerpo de nuestro Dios, de la comunión; así como el mayor de los bienes es recibirlo.....

El sacramento de la Eucaristía es para todos los fieles que le reciben una continuación constante del misterio de la encarnación: tal es lo que enseñan todos los santos Padres y la Iglesia. Ya se sabe á que grado de honor fué elevada la humanidad de Jesucristo en el dichoso momento en que quedó unida al Verbo Divino; y también es incontestable que Jesucristo, dándose á nosotros en la Eucaristía, ha hecho que todos los miembros de su Iglesia fueran partícipes de la misma gloria, puesto que viene en nosotros, se une á nosotros, nos transforma en El, nos deifica y no forma más que uno con nosotros.....

La tercera ventaja es la unión con el prójimo.

La Eucaristía se llama comunión ó *unión común* por cuatro razones. La primera es que la Eucaristía es una mesa y un alimento común á todos los fieles..... La segunda es que recibimos del mismo manjar, el cuerpo de Jesucristo: por cuya razón, dice S. Crisóstomo, que con

la comunión del cuerpo de Jesucristo, no constituimos todos más que un sólo cuerpo. (*Homil. LV. ad pop.*.)

San Pablo nos da la tercera razón: El cáliz de bendición que bendecimos, dice á los Corintios, ¿no es la comunión de la sangre de Jesucristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo del Señor? (*I. A. 16*). Así, aunque somos muchos, no formamos más que un sólo pan y un sólo cuerpo, porque todos participamos de un sólo pan: *Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamus.* (*I. Cor. X. 17*).

La cuarta razón es que la Eucaristía, uniéndonos á Jesucristo, comunica á todos y á cada uno la sangre, la pasión y los méritos de Jesucristo.

Padre santo, decía Jesucristo, conservad en vuestro nombre á los que me habeis dado, á fin de que sean uno como nosotros: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos.* (*Joann. XVII. 11*). Este deseo de Jesucristo tiene su cumplimiento en la sagrada mesa.....

De la misma manera que con un gran número de granos se forma un sólo pan, todos los fieles no son más que un mismo pan sagrado y vivo con la santa comunión, es decir, un sólo cuerpo místico de Jesucristo, cuerpo que constituye la Iglesia, porque realmente todos los miembros de la Iglesia están unidos al cuerpo de Jesucristo, y con este divino cuerpo no forman más que uno en la Eucaristía. Por esto estaban tan perfectamente unidos los primeros cristianos: comulgando todos los días, no tenían todos más que un corazón y un alma: *Erat cor unum et anima una.* (*Act. IV. 32*).

Comiendo todos al mismo Dios, necesariamente no somos más que un mismo cuerpo, una misma Iglesia. Por esta razón sin duda dice el Concilio de Trento en su sesión 3.^a, capítulo VIII: Este sacramento es la señal de la unidad, el lazo de la caridad, el símbolo de la paz y de la concordia: *Hoc sacramentum est signum unitatis, vinculum caritatis, pacis et concordie symbolum.*

Esta unión de todos los fieles por la sagrada comunión es tan verdadera y tan perfecta, que los santos Padres la llaman unión física. Parece que la religión pide mucho de nosotros cuando nos manda que estemos todos estrechamente unidos de corazón y de afecto, de alma y de espíritu con el prójimo, como en los primeros siglos de la Iglesia; pero la religión dice más: dice que estamos todos unidos corporalmente por la sagrada Eucaristía, y que el cimiento de esta unión es la santa Eucaristía, la carne de Jesucristo.

San Cirilo prueba esta unión con el siguiente raciocinio: Mi cuerpo, dice, está unido al cuerpo de Jesucristo con la comunión; el cuerpo de Jesucristo está unido al cuerpo de mis hermanos; así pues mi cuerpo y los de mis hermanos están realmente unidos en este sacramento de amor. (*Lib. IV. in Joann., c. XVII*).

Siendo invisible el cuerpo de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no tomáis de él una parte y yo otra; sino que vosotros, como yo, lo to-

tantino, exhortó á sus soldados á recibir la santa Eucaristia ántes del combate que su padre trabó contra Magencia. Lo mismo hizo el ejército cristiano en la guerra á favor de los santos lugares *Hist. de la Cruz*.

En el papado de Inocencio III, el rey de Castilla Alfonso VIII ganó el 16 de Julio del año 1212 una insigne victoria contra los sarracenos por la virtud de la santa Eucaristia y de la cruz. Este piadoso monarca se confesó ántes del combate, procuró que se confesase su ejército, é hizo llevar contra los bárbaros, por el arzobispo de Toledo, el estandarte de la cruz. Provisto de tan poderosos medios, mató á doscientos mil sarracenos, y él no perdió más que veinticinco hombres. En España se celebra todos los años una fiesta el 16 de Julio para perpetuar el reconocimiento de tan insigne favor.

La victoria que el rey Ramiro ganó tambien contra los sarracenos en 834, no fué menos ilustre y milagrosa. Batido primero por sus enemigos, aquel principe se retiró á las montañas, y con el corazón alagido oró á Dios con fervor para obtener su auxilio. El apóstol Santiago se le apareció ordenó que los soldados cristianos se confesasen y comulgasen todos, y que despues marchase el Rey al combate invocando el nombre del Señor y de Santiago, pues un ginete, montado en un caballo blanco como la nieve, precederia y dispersaria á los enemigos. Todo sucedió así puntualmente, y en aquel combate murieron setenta mil moros.

La quinta ventaja de la comunión es que es un remedio muy eficaz.

El cuerpo de Jesucristo tenia tanta virtud, que cuando los enfermos tocaban solamente el borde de su vestido quedaban curados, por más malos que estuviesen. No hay duda de que la Eucaristia, que es su propio cuerpo, tiene infinitamente más virtud que sus vestidos.....

Pero la Eucaristia cura sobre todo las enfermedades del alma; por esto la llaman los santos Padres el remedio que da la inmortalidad: *Pharmacum immortalitatis*.

La Eucaristia es el remedio que cura todas las enfermedades del alma, y muchas veces las del cuerpo.

¿Estais enfermos de orgullo? Tomad la Eucaristia, es decir, tomad á Jesucristo, que se humilla hasta revestirse de la forma humana en la encarnacion, y de la forma del pan en la Eucaristia; este pan sagrado os hará humildes. ¿Estais enfermos á consecuencia de los achaques de la carne? Bebed el vino que engendra á las vírgenes. ¿Estais enfermos por la irascibilidad de carácter? Alimentaos con el Dios inmolado en la cruz, con el cordero sacrificado por la salvacion del mundo: os comunicará su dulzura y su paciencia, etc.....

La Eucaristia es un remedio contra los achaques y las enfermedades corporales. S. Buenaventura declara que muchas veces personas débiles ó enfermas experimentan en la sagrada comunión tanta fuerza, alegría y consuelo, que se retiran sanas como si jamás hubiesen padecido. Leemos en la vida de los Padres que varios Santos

sin más alimento que la Eucaristia han pasado una vida larga y llena de salud. Pallades asegura que el monje Juan no tomaba nunca otro alimento más que la santa comunión en domingo. Este sacramento era exclusivamente lo que le alimentaba. El abate Severo nunca comia durante la semana; el domingo, y solamente despues de haber recibido á Dios, tomaba una ligera comida. El emperador Luis el Piadoso, en su última enfermedad, estuvo cuarenta dias sin comer; pero recibia cada dia la sagrada Eucaristia. El que le asistió constantemente es quien lo asegura, dice Tomás Bosio.

Sigeberto cuenta en su crónica que en 823 una jóven de doce años, habiendo comulgado por Pascua en Tulles, pasó tres años enteros sin tomar ningun alimento. Hallándose enferma Santa María de Bélgica celebre por su santidad, se negaba tambien á tomar todo alimento, y sólo recibia la sagrada Eucaristia, que le daba fuerzas.

Suarez y otros teólogos enseñan que la santa comunión borra el pecado mortal de que no nos acordamos despues de un razonable exámen. Así, el pecador que ignora involuntariamente su pecado y comulga de buena fe, obtiene su perdon y la justificacion.

Este sacramento, segun el Concilio de Trento, nos libra de los pecados veniales, y nos preserva de los mortales. (*Sess. XIII. c. II*).

Es preciso tener por una ventaja inestimable la remision de los pecados veniales. Es preciso tener por una inmensa ventaja no sólo el hacer progresos en la virtud, sino tambien no retroceder y no caer. Los remedios que previenen las enfermedades son tan preciosos como los que devuelven la salud; y nótese bien esto, porque es un gran motivo de consuelo para los que no se aperciben sensiblemente del fruto que en ellos produce este divino sacramento. Ordinariamente vemos que los que lo frecuentan muchas veces viven en el temor de Dios, y pasan años enteros, y algunos hasta toda su vida, sin cometer un pecado mortal. Y este es uno de los maravillosos efectos del sacramento, impedir que caigamos en pecado mortal, y conservar la vida del alma al mismo tiempo que el alimento corporal nos conserva la vida del cuerpo. ¿No nos lo dice nuestro Salvador en términos formales? Si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendreis la vida en vosotros: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis*. (Joann. VI. 54). Soy el pan de vida: *Ego sum panis vite*. (Id. VI. 48). Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. El que coma de este pan vivirá: *Hic est panis de celo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet*. (Id. VI. 50. 52).

Así es que, segun el mismo Jesucristo, quien no coma de aquel pan quedará herido de muerte, es decir, que caerá en pecado mortal. Por el contrario, el que lo coma, vivirá, es decir, evitará el pecado mortal, vivirá con la vida de la gracia. La sagrada comunión contribuye eficazmente á mantener la salud del alma, como los buenos

La sexta ventaja de la comunión es que nos previene los faltas veniales, algunas veces las mortales, y nos impide recaer.

alimentos tomados a tiempo mantienen la salud corporal. Así que los judíos se cansaron del maná que Dios les enviaba del cielo, dice la Escritura, estuvieron todos á punto de morir, llegaron á las puertas de la muerte: *Omnem escam abominata est anima eorum, et appropinquerunt usque ad portas mortis.* (Psal. CVI. 18).

La Eucaristía es el pan de vida; es un pan vivo que se come para tener vida. ¡Con qué vida admirable no vivimos comiendo este pan vivo en santas disposiciones, puesto que comemos la misma vida? ¡Quién oyó jamás hablar del prodigio de poder comer la vida! A Jesucristo estaba reservado darnos tal manjar: es la vida por naturaleza; el que lo come, come la vida. ¡O delicioso banquete de los hijos de Dios! ¡O suntuosa mesa! ¡O sabrosos manjares! Juzgad de la excelencia de la vida que da este sagrado pan por la dulzura de tal alimento. Jesucristo es nuestro alimento y nuestra vida, dice S. Cirilo: *Noster cibus est, et vita.* (Lib. IV. in Joann.).

La séptima ventaja es que la comunión nos hace verdaderamente dichosos.

Poseyendo á Jesucristo, todo lo tengo, y todo con abundancia, exclama S. Pablo; estoy lleno de bienes: *Habeo omnia, et abundo; repletus sum.* (Philipp. IV. 18).

Regocijémonos, dice el Apocalipsis, y estremezcámonos de alegría, y rindamos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado, y se ha preparado su esposa. ¡Felices los que han sido llamados al banquete de las bodas del Cordero! *Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus preparavit se. Beati qui ad cenam nuptiarum Agni vocati sunt!* (XIX. 79).

Los pobres y los humildes comerán y serán saciados, dice el Salmista: *Edent pauperes, et saturabuntur.* (XXI. 27).

En el feliz día de una comunión, hemos de exclamar con el Real Profeta: Este es el día que ha hecho el Señor; regocijémonos y estremezcámonos de alegría: *Hæc dies, quam fecit Dominus, exultemus et letemur in ea.* (CXVII. 24).

He anhelado, dice la Esposa de los Cantares saludando de lejos á la Eucaristía, he anhelado descansar á su sombra; porque es dulce á mi paladar esta fruta: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi; et fructus ejus dulcis gutturi meo.* (II. 3). Amigos, comed y bebed; embriagaos, queridísimos míos: *Comedit, amici, et bibit; inebriamini, carissimi.* (Cant. V. 4). ¡Quién es aquella alma que sale del desierto, colmada de delicias y apoyada en su amado? *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, in-nixa super dilectum suum?* (Cant. VIII. 5).

Si las delicias de Jesucristo consisten en estar con los hijos de los hombres, ¡cuántas no deben ser las delicias de los hijos de los hombres al estar con Jesucristo y al poseerle en sus corazones!...

Si, Señor, dice la Sabiduría, habeis dado á nuestro pueblo el manjar de los ángeles; lo habeis presentado el pan del cielo, que encierra todas las delicias y la suavidad más perfecta: *Angelorum escæ nutritiis populum tuum, et paratum panem de celo præstitisti*

illis omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem. (XVI. 20).

El Dios de los ejércitos, dice Isaías, preparará para todas las naciones sobre aquella montaña (sobre el altar) un festin en el que se servirán los manjares y los vinos más deliciosos: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiarum.* (XXV. 6).

Isaías quiere hablar aquí del festin de la Eucaristía, del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que son las delicias de las almas fieles; pues la Eucaristía lleva al alma infinitamente más vida y alegría que ningun festin pueda dar al cuerpo.

Después de haber comulgado, Sta. Mónica exclamaba con santa embriaguez: Mi corazón y mi carne se han estremecido de felicidad en mi Dios. (*In ejus vita*).

Tres favores principales, que hacen felices á los Santos en el cielo, nos comunica la santa Eucaristía: los Santos están con Dios, están unidos á Dios, y se hallan transformados en Dios. Tal es nuestra felicidad en la mesa eucarística....

Los Santos en el cielo están con Dios; ven su divina majestad; tienen el honor de componer su corte; le poseen; y gozan continuamente de su presencia: lo que les colma de alegría. ¡Felices, dice el Rey Profeta, felices los que habitan en vuestra casa. ó Dios mío! *¡Beati qui habitant in domo tua, Domine!* (LXXXIII. 5). Con la sagrada comunión participamos de esta felicidad de los Santos; estamos con Dios. Porque el Apocalipsis ha dicho de la Eucaristía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Dios habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos, y será su Dios: *Eccæ tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.* (Apoc. XXI. 3). Es verdad que en el cielo hay más luz, conocimiento, alegría y seguridad; pero no se posee á Dios más real, sustancial y personalmente que le poseemos en la tierra con la sagrada Eucaristía....

Los Santos están unidos á Dios en el cielo; pero ¿no estamos nosotros unidos á Jesucristo en la Eucaristía? Véase el párrafo sobre La primera ventaja de la Eucaristía).

Los Santos en el cielo están transformados en Dios, y nosotros lo estamos también por la comunión. (Véase La segunda ventaja de la Eucaristía).

Somos en cierto modo más felices en la sagrada mesa que los bienaventurados en el cielo: los bienaventurados son servidores de Dios, disfrutan de él; pero no lo tienen á su disposición; es dueño y no criado suyo. Y en la santa mesa, Jesucristo se hace criado nuestro, somos dueños suyos; disfrutamos de él y nos sirve.

Nada encontraba comparable Sta. Magdalena de Pazzis á la felicidad de comulgar. Para procurarme esta dicha, decía, no titubearía, si necesario fuese, en entrar en la madriguera de un león y en exponerme á toda clase de sufrimientos. (*In ejus vita*).

San Francisco de Regis llamaba á la Eucaristía su refugio, su consuelo y sus delicias. (*In ejus vita*).

Se oía decir á S. Carlos Borromeo que sus delicias consistían en hallarse al pié del altar y recibir á su Dios: cuando la necesidad le alejaba de los sagrados tabernáculos, dejaba en ellos su corazón. (*In ejus vita*).

La bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversa en 1618, hizo su primera comunión á la edad de doce años. Recibió su divino Salvador con los sentimientos del más puro y ferviente amor, y su divino huésped derramó en su corazón una alegría tan inefable, que no hubiera querido, decía más tarde, trocarlo por todo el universo; y desde aquel momento todas las cosas de la tierra le parecieron insípidas. (*In ejus vita*).

La octava ven-
taja de la co-
munion es que
reune todas
las gracias
más abundan-
tes y más pre-
ciosas.

En la santa comunión quedamos llenos de las gracias de Jesucristo, dice S. Pablo: *Et estis in illo repleti*. (Colos. II. 40). Estamos llenos de bienes de vuestra casa, Señor: *Replebimur in bonis domus tue*. (Psal. LXIV. 5). Habiéis visitado la tierra, la habéis embriagado de alegría, y habéis puesto todos vuestros cuidados en enriquecerla: *Visitasti terram, et inebriasti eam; multiplicasti locupletare eam*. (Psal. LXIV. 10).

¡O sagrado banquete en el cual nos alimentamos de Jesucristo, exclama Sto. Tomás, banquete en el que celebramos la memoria de su pasión, en el que el alma se llena de gracias y se nos da la prenda de la vida eterna! *¡O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recoilitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futura gloria nobis pignus datur!* (In Offic. vener. Sacr.).

En la santa mesa es donde da Jesucristo el agua viva de que habló á la Samaritana: Cualquiera que beba agua del pozo de Jacob, tendrá aún sed; pero el que beba el agua que le daré, jamás tendrá sed: el agua que yo daré, será para él una fuente de agua saliente en la vida eterna: *Omnis qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum: qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in æternum; sed aqua, quam ego dabo ei, fiet in eos fons aquæ salientis in vitam æternam*. (Joann. IV. 13-14). Digamos á Jesucristo como la Samaritana: Señor, dadme de esta agua para que no tenga sed: *Dominæ, da mihi hanc aquam, ut non sitiam*. (IV. 15).

Soy el pan de vida, dice Jesucristo: el que venga á mí, no tendrá hambre, y el que me crea, jamás tendrá sed: *Ego sum panis vitæ: qui venit ad me, non esuriat; et qui credit in me, non sitiet unquam*. (Joann. IV. 35). Me he entregado en la cruz para dar á los hombres la vida que habían perdido por el pecado; me doy en la Eucaristía para conservarles esta vida; el mundo resucitado por mi cruz, conserva su vida, y la perfecciona por la Eucaristía. He dado mi carne en la cruz, como trigo que debiera molerse; mi carne se ha convertido en pan eucarístico, pan fortificante que asegura á los fieles la vida de la gracia y les conduce á la vida de la gloria.

Así como el bautismo es una regeneración espiritual, así también la Eucaristía es un alimento espiritual; y lo que el bautismo produce por la regeneración, la Eucaristía lo produce por el alimento que da.

Acercaos á Jesucristo, dice S. Ambrosio, y saciaos, porque se ha convertido en vuestro pan; acercaos á El, y apagad vuestra sed, porque es fuente de agua viva; acercaos á El, y quedad iluminados, porque es la verdadera luz; acercaos á El, y quedad libres, porque la libertad se halla dónde está el espíritu de Dios; acercaos á El, y quedad absueltos, porque es la remisión de los pecados (1).

El altar es la montaña de Dios, la montaña rica, la montaña de todas las gracias: *Mons Dei, mons pinguis*. (Psal. LXVII. 16).

¿Cuál es el bien de Dios, cuál es su gloria, sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes? dice el profeta Zacarías. (*IX. 17*). Tal es la Eucaristía y sus gracias. La Eucaristía hace florecer el alma, la fecundiza, le hace producir felices frutos de virtud; hace germinar vírgenes, y llena de alegría y de dulzura. La Eucaristía nos hace fuertes, activos y dispuestos á todo bien. Consuela, embriaga, endereza, vuelve enérgicas las almas lánguidas, rastreras, tristes, pusilánimes, terrores y carnales; las eleva al cielo, y las convierte en ángeles.... Porque, como dice S. Bernardo, este pan se llama por excelencia *Eucaristía*, es decir, *gracia perfecta*; pues en este sacramento no sólo recibimos todas las gracias, sino al autor de todas las gracias: *Panis iste per excellentiam dicitur Eucharistia, id est, bona gratia; in hoc enim sacramento non solum qualibet gratia, sed ille, á quo est omnis gratia, sumitur*. (Serm. de Cena Dom.).

¡Qué bello y que embriagador es vuestro cáliz, Señor, exclama el Salmista: *Et calix inebrians; quam preclarus est!* (XXII. 5). S. Cipriano, explicando estas palabras del Profeta, dice: Del mismo modo que la embriaguez pone al hombre fuera de sí mismo, haciendo de él otro ser, la Eucaristía cambia al hombre, y de terrestre le hace celestial: *Sicut ebrietas hominem á se et á mente alienat, facitque plane alium; sic Eucharistia fidem á se alienat, et ex terrestre facit caelestem*. (Lib. II. epist. III. ad Cecil.).

La Eucaristía nos hace Nazarenos, es decir, nos separa del mundo, de sus pompas y de sus placeres, y nos consagra á Dios....

San Cipriano dice que la Eucaristía embriaga para hacernos sobrios, para llevar y conducir los espíritus á la verdadera sabiduría, haciéndoles salir de la torpeza del siglo y elevándoles á la inteligencia de las cosas divinas. (*Lib. II, epist. III. ad Cecil.*).

La sagrada comunión aumenta en nosotros la gracia, el río de las gracias; es el Océano de todas las gracias: Venid á mí, dice el Señor, y os daré todos los bienes: *Venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona*. (Gen. XLV. 48).

(1) Accedite ad eum, et satiamini, quia panis est; accedite ad eum, et potate, quia fons est; accedite ad eum, et illuminamini, quia lux est; accedite ad eum, et liberamini, quia ubi Spiritus Domini, ibi libertas; accedite ad eum, et absolvimini, quia remissio peccatorum est. *De Christo*.

Todos los bienes nos llegan con la Eucaristía: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* (Sap. VII. 14).

Señor dice el Salmista, habéis prevenido al hombre con todas las prevenciones de vuestra dulzura: *Prevenisti eum in benedictionibus dulcedinis tuæ.* (XX. 4). Nos habéis colmado de la abundancia de vuestros bienes: *Cibaria missit eis in abundantia.* (Psal. LXXVII. 23).

Mi gracia caerá como un dulce rocío, dice el Señor; mi pueblo germinará como los lirios, y sus raíces se extenderán como las de los cedros del Líbano: *Ero quasi ros, Israel germinabit sicut libanum, et erumpet radix ejus ut Libani.* (Ossee. XIV. 6).

Comeréis, dice el profeta Joel, y quedaréis saciados, y alabaréis el nombre del Señor, vuestro Dios, que tantas maravillas ha hecho para vosotros: *Cenedetis, et saturabimini; et laudabit nomen Domini Dei vestri qui fecit mirabilia vobiscum.* (II. 26). Todas las puertas de los ríos de la gracia están abiertas (en la Eucaristía), dice el profeta Nahum: *Portæ fluviorum apertæ.* (II. 6).

En esta divina mesa es donde os enriqueceis con todos los tesoros de Jesucristo, dice S. Pablo: *In omnibus dicite facti estis in illo.* (I. Cor. I. 5); de tal manera, que allí no falta ninguna gracia: *Ita ut nihil vobis desit in ulla gratia.* (I. Cor. I. 7).

Una sola comunión, dice Santa Teresa, basta para enriquecer el alma con todos los tesoros espirituales, cuando no ponemos ningún obstáculo. (*Sobre la eucar.*).

Los demás sacramentos tienen su gracia especial; pero el sacramento de la Eucaristía, hablando propiamente, no tiene gracia determinada; las tiene todas.....

Provisto con este pan de vida, el cristiano marcha con una confianza inquebrantable, y toma su vuelo hácia el cielo. El Dios que ha recibido, le recibe á su vez; toma á esta alma deificada, y le da posesion de la bienaventuranza eterna.

La Eucaristía dificulta las angustias de la agonía, y ahuyenta los horrores de la muerte.....

¡Qué terrible es la última hora! ¡El cuerpo clavado en el lecho de los dolores, la familia desconsolada, y el alma agitada por el pensamiento del pasado, del presente y del porvenir!....

Todo se presenta á la vez: el pasado con sus caídas, el presente con sus cambios, y el porvenir con sus juicios y su doble eternidad. ¡Oh qué necesidad tan grande de socorros so tiene en aquel formidable momento! Y el más grande de los auxilios es la sagrada Eucaristía. Recibiendo al Dios de la vida, no temeremos la muerte; por el contrario, será un beneficio, y exclamaremos con el gran Apóstol: *Mihimori lucrum.* Para mí la muerte es una ventaja. (*Philipp. I. 21.*)

Una buena y santa comunión nos procura una buena y santa muerte. Despues de haber recibido el santo Viático, S. Aelred murió pronunciando estas palabras: Señor, cantaré eternamente vuestra

La novena ventaja de la comunión es que procura una buena muerte.

misericordia, vuestra misericordia, vuestra misericordia. (*In ejus vita.*)

Despues de haber comulgado, S. Antonio murió con alegría. A Dios, hijos míos, dijo á sus religiosos, Antonio se va (al cielo). (*Ex vit. Ptr.*). S. Bernardo, fortificado con el santo Viático, oyó una voz que le dijo: Venid, se os aguarda. (*Ex ejus vita.*) ¡Ah! ¡qué felicidad! exclama S. Francisco Regis despues de recibir el santo Viático; ¡qué contento muero! Veo á Jesús y á Maria que se dignan venir á recibirme para llevarme á la morada de los Santos. (*Ex ejus vita.*). S. Luís Gonzaga, despues de haber sido viaticado, dió gracias á Dios porque se acercaba su fin, y suplicó á uno de los Padres de la Compañía que le acompañase en la recitación del *Te-Deum.* Y á otro le dijo: Nos vamos, y nos vamos con alegría. (*Ex ejus vita.*)

Podríamos citar otros ejemplos de las maravillas del santo Viático, que no es más que la continuación y el coronamiento de las otras comuniones.....

Hé aquí los dulces consuelos y la muerte feliz que procura la santa comunión..... El buen cristiano dice entonces con el Rey Profeta: Me alegro de lo que me anuncian; iremos á la casa del Señor: *Letatus sum in his que dicta sunt mihi; in domum domini ibimus.* (CXXI. 4).

Pero el que ha despreciado los Sacramentos durante su vida, está atormentado en la hora de la muerte...; y siendo su muerte el eco de su vida, despues de haber vivido como un réprobo, muere ordinariamente como ha vivido.....

Vuestros padres, dijo Jesucristo á los judios, comieron el maná, y murieron; pero el que coma de este pan vivirá eternamente: *Manducaverunt patres vestri manna et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.* (Joann. VI. 59). El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem habet, vitam æternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die.* (Id. VI. 53).

La Eucaristía es pues, la prenda de la resurrección y de la gloria. Por esta razon el Concilio de Nicea la llama el simbolo de la resurrección: *Symbolum resurrectionis.* Y S. Ignacio mártir la llama tesoro de los remedios inmortales: *Pharmacum immortalitatis.* (Epist. ad Ephes.). S. Cirilo, alimento para la inmortalidad y para la vida eterna: *Cibus nutritivum ad immortalitatem et vitam æternam.* (In Joann., lib. IV, c. XVI). El mismo padre dice en otra parte: El cuerpo de Jesucristo vivifica y hace incorruptible al que lo recibe: *Vivificat corpus Christi, et ad incorruptionem sua participationi reducit.* (In cap. VI. Joann.).

La Eucaristía nos asegura la felicidad y la gloria, dice el Santo Concilio de Trento. (*De Euchar.*). Santo Tomás afirma que encierra la prenda de la vida futura: *Futura gloria nobis pignus datur.* (In Offic. SS. Sacram.).

La décima ventaja de la santa comunión consiste en que es la prenda de la resurrección y de la bienaventuranza eterna.

¿Cómo, dice S. Crisóstomo, ha de morir el que se alimenta de la misma vida? *Quomodo morietur cui cibus vita est?* (Homil. LX. ad pop.).

San Cipriano llama á la Eucaristía un alimento incorruptible. (*De Cena Dom.*).

San Optat de Milevo la llama prenda de la salvacion eterna y de la resurreccion gloriosa. (*Lib. contra Parmen.*).

La resurreccion, la inmortalidad, la gloria eterna: hé aquí lo que alcanzarán cuantos se alimenten dignamente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo.....

Maravillas de la Eucaristía.

Examinad los grados porque ha pasado la vida al bajar de Dios á nosotros. El primer grado es aquel en que el Padre comunica su vida divina á su Hijo; el segundo grado es aquel en que el Hijo comunica la misma vida á la humanidad de que se revistió, y esto por medio de la comunicacion de los idiomas; el tercero es aquel en que hace que la humanidad participe de la gracia y de la gloria; el cuarto es aquel en el cual Jesucristo nos da en la Eucaristía una vida no igual, pero semejante á la suya.....

Vivo, dice el apóstol S. Juan en el Apocalipsis, en la diestra de aquel que estaba sentado en el trono con un libro escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos. (*V. 1*).

Varios santos Padres dicen que aquel libro sellado es la figura de la Eucaristía. Esos siete sellos son las formas accidentales del pan eucarístico. Esos siete sellos son también siete grandes milagros, siete misterios encerrados en la Eucaristía. El primero es la transfiguracion; el segundo es la existencia de las apariencias sin realidad; el tercero es que Jesucristo esté entero en tan reducido sitio; el cuarto es que, en virtud de la consagracion, Jesucristo está entero bajo las apariencias de la hostia; el quinto es que Jesucristo está entero en cada hostia consagrada en la superficie del globo; el sexto es que no sólo está Jesucristo en cada hostia, sino que está entero en cada parte de la hostia, en cada punto de la hostia; el séptimo es que Jesucristo se entrega por alimento á todos los fieles, de tal manera que los transforma.....

El Señor, dice el Rey Profeta, ha perpetuado la memoria de sus maravillas; es el Dios de bondad, el Dios de misericordia, y ha dado alimento á los que le tomen: *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se.* (CX. 5).

La Eucaristía es el compendio de las maravillas del poder de Dios... Habla, y todo queda hecho: *Dixit, et facta sunt.* (Psal. XXXIII. 9). En un instante se abre el cielo, Dios está en el altar, y el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre.....

La Eucaristía es el memorial de la sabiduría de Dios. Halla medio de estar con los ángeles en el cielo, y con los hombres en la tierra; de alimentar á los ángeles con su presencia, y á los hombres entregándose á ellos.....

La Eucaristía es el memorial de la bondad de Dios. Se une á nosotros del modo más íntimo y más perfecto; se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á él y nos transforma en su sér. ¡Oh incomparable, inefable é incomprensible maravilla!

La creacion, el gobierno y la redencion del mundo son las tres principales maravillas y las tres grandes obras del poder, de la sabiduría y de la bondad infinita de Dios. Su poder brilla en la creacion, su sabiduría resplandece en el gobierno del mundo, y su bondad es inefable en la obra de la redencion. Estas tres grandes perfecciones de Dios son la causa eficiente del adorable sacramento de nuestros altares.....

Entre las maravillas de la infinita grandeza de Dios, de este Océano, de este abismo de perfecciones, nada hay tan grande en la tierra como la Eucaristía, y nada es tampoco más grande en el cielo.

Todas las perfecciones de Dios, que son tan grandes que no podemos concebirlas mayores, tan grandes que no pueden serlo más, tan grandes que todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres y de los más altos serafines no llegan á alcanzarlas, quedan agotadas en este sacramento de amor.....

Dios ha manifestado su poder en la creacion del universo. Con una sola palabra fecundiza la nada, da nacimiento á millones de criaturas nobles, excelentes y perfectas; crea el cielo con todos sus adornos, la tierra con todas sus admirables y diversas producciones, y los ángeles y los hombres adornados con una inteligencia que es como un rayo de su eterna razon. En la Eucaristía, Dios ejerce este mismo poder, ó más bien despliega todo su poder; con las palabras de su ministro convierte una cosa vil, un poco de pan, en la sustancia de su propio y adorable cuerpo. Aquel pan queda destruido y transformado por la consagracion. En la creacion, Dios no da nacimiento más que á criaturas; en la consagracion del pan hace salir un Dios, lo convierte en el mismo Dios, y el pan deja de ser pan y es Dios.

En otro tiempo, en vista de las maravillas que obraba Moisés en la corte de Faraon, los egipcios exclamaban: Ahí está el dedo de Dios: *Digitus Dei est hic.* (Exod. V. III. 19). ¡Ah! en vista de las maravillas de la Eucaristía es más bien cuando debemos exclamar, llenos de admiracion y penetrados de un santo respeto: Ahí está el dedo de Dios: *Digitus Dei est hic.* O debiéramos antes bien decir: Ahí está el poderoso brazo de Dios; ahí está todo el poder de Dios: *Fecit potentiam in brachio suo.* (Luc. I. 31). Porque el cambio del pan en el cuerpo de Jesucristo no puede verificarse sino por la omnipotencia de la diestra del Altísimo: *Hoc mutatio dextere Excelst.* (Psal. LXXVI. 4). Es verdaderamente la voz de Dios en todo su poder, la voz de Dios en toda su magnificencia: *Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia.* (Psal. XVIII. 4).

Pero ¿cómo puede hallarse Dios bajo la apariencia de un poco de pan?—Y ¿cómo, os preguntaré yo, ha formado Dios de la nada á

tantas criaturas? ¿Cómo ha elevado y extendido la bóveda de los cielos? ¿Cómo la ha adornado tan perfectamente? ¿Cómo la sostiene sin columnas ni contrapeso? ¿Cómo conserva y balanea la pesada masa de la tierra en medio del vacío? ¿Cómo con un poco de barro ha hecho al hombre, su obra maestra en la tierra? ¿Cómo da vida á los ciegos, oído á los sordos, palabra á los mudos, salud á los enfermos, y vida a los muertos? Decídmelo de qué manera Dios ha hecho todo esto, y os diré cómo está en el altar. ¿No había de hacer nada el poder de Dios que no pudieseis comprender? ¿Ha de tener las manos atadas porque la inteligencia del hombre sea limitada, pesada y grosera?—¿Cómo está en el altar?— Con su omnipotencia, á la que no puede resistir nada de lo posible.....

Rasgos brillantes y magníficos de la sabiduría de Dios resplandecen en todo el universo; sería preciso ser ciegos para no ver en todas partes el dedo de Dios impreso en todas sus obras, en las más pequeñas como en las más grandes. No lo comprendemos; y sin embargo nos vemos obligados á ver, á creer y á admirar. Todo lleva el sello de una sabiduría infinita.

Pero en el sacramento de la Eucaristía, su sabiduría tiene un resplandor más divino que en todo lo demás. El hombre, creado á imagen de Dios, y rescatado con la sangre de Dios, necesita para mantenerse y vivir, según aquel precio y aquella dignidad, alimentarse con la carne de un Dios; ha costado la vida á un Dios, y no puede vivir más que de Dios. Ha sido preciso la víctima de la Cruz para salvar al mundo, y es necesaria la víctima del altar católico para darle nueva vida. Si, la Eucaristía obra esta gran maravilla. Pero, Señor, subisteis al cielo, estais sentado á la derecha de nuestro Padre: ¿Cómo podeis estar en el altar? Ved la admirable e ingeniosa invención de la sabiduría del Salvador: se va y vuelve á vosotros; sube más allá de los cielos, y permanece en la tierra; está en medio de los ángeles, y es el alimento de los hombres: *Valo, et venio ad vos.* (Joann. XIV. 28). Pero, ¿cómo puede ser que el cuerpo del Salvador esté en el cielo y en la tierra, esté presente en tantas iglesias á la vez, se distribuya todos los días á tantas personas, y sin embargo permanezca siempre el mismo? Antes de responder á esto os preguntaré: ¿Cómo ha podido el Hijo de Dios estar entero en el seno de su Padre, y estar tambien entero en el seno de la santísima virgen, su Madre? Ambas cosas son un misterio. Pero, cuando Dios dijo: *Fiat lux*: Hágase la luz, la luz quedó hecha: *Et facta est lux.* (Gen. 1. 3). Cuando el Evangelio nos dice: *Verbum caro factum est*; el Verbo se hizo carne (Joann. 1. 14), el gran prodigio de la Encarnación ha tenido lugar. De la misma manera cuando aquel gran Dios creador, aquel gran Dios hecho hombre dijo: Este es mi cuerpo; esta es mi sangre: *Hoc est corpus meum; hic est sanguis meus* (Math. XXIV. 26-28), dijo verdad. Lo que pudo por una parte, ¿por qué no ha de poderlo por otra?

Antes de su ascension, viendo que sus Apóstoles estaban tristes

porque habia dicho que iba á su Padre, les prometió que no dejaría de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. No ha sido pues imposible á aquel que ha ido á su Padre con quien está siempre, y sin embargo ha permanecido con sus discípulos, conservar su cuerpo glorioso en el cielo, y dárnoslo en alimento en la Eucaristía.....

La Eucaristía es el memorial y el compendio de la bondad de Dios. Se da á todos sin excepcion; se da gratuitamente, se da entero; se da cada vez que le deseamos; se da con dulzura, se da siempre, se da hasta el fin del mundo.....

La Eucaristía es el compendio, el memorial de las maravillas de la antigua ley.

1.º Contemplando el sacramento de la Eucaristía, recordamos todas las maravillas que existian en el estado de inocencia ántes de la caída del hombre. En medio del paraíso terrestre estaba el árbol de la vida, dice el Génesis: *Lignum vite.* (II. 9). ¡Qué maravilloso era aquel árbol! Era el árbol de los árboles, conteniendo en sí mismo la virtud de todos los otros, pudiendo dar al hombre una especie de inmortalidad, y dando fuerzas sobrehumanas y devolviendo las fuerzas perdidas. Este árbol de vida habia dado á Adán con su fruto: 1.º Una vida larga; 2.º Una vida sana y robusta; 3.º Una vida constantemente buena; 4.º Una vida acompañada de alegría. La Eucaristía produce tambien todas estas maravillas. Es el árbol de vida plantado en medio del paraíso de la Iglesia, conteniendo una virtud infinitamente mayor que el árbol de vida, dándonos la vida de la gracia, y asegurándonos la vida de la gloria.....

La Eucaristía, dicen los Proverbios, es el árbol de vida para los que la reciben; dichoso es el que se acerca á ella: *Lignum vite est his qui apprehenderint eam; et qui tenuerit eam, beatus.* (III. 8).

La Eucaristía es el árbol de vida: 1.º porque nos da ora la vida natural del alma, ora la vida sobrenatural de la gracia, y conserva y prolonga esta vida.... 2.º Da fuerzas, energía y heroísmo. 3.º El fruto del árbol de vida era superior á cualquier otro manjar por su dulzura; y lo mismo sucede con la Eucaristía..... 4.º El árbol de vida preservaba al hombre de la muerte; y de la misma manera la Eucaristía nos preserva de la muerte, del pecado, y por consiguiente de la muerte eterna, que es la suprema desgracia.....

Perdiendo Adán aquel árbol de vida, perdió la facultad de usarlo, de alimentarse con él; pero el fruto de aquel árbol nos ha sido devuelto cien veces mejor por la Eucaristía.....

2.º La Eucaristía es aquel río que regaba el paraíso terrestre; es un río admirable que hace germinar, riega y fecundiza las virtudes en nuestra alma, para que no languidezcan ni se marchiten; ántes, al contrario, se abran, florezcan, produzcan fruto y formen un jardín admirable ante Dios y la Iglesia.....

3.º El arca de Noé salvó á éste y á su familia de las aguas del diluvio; y así tambien la Eucaristía nos preserva de las emponzoña-

das aguas de la concupiscencia, del diluvio de los escándalos, de los vicios y de la muerte.....

4.º Los patriarcas y los profetas ofrecían al Señor sacrificios de agradable olor, y después de Moisés también ofrecían sacrificios los sacerdotes de la antigua ley. Había el sacrificio del holocausto, la víctima pacífica, la víctima de expiación y la víctima de propiciación. Todos estos sacrificios y todas estas víctimas no eran más que la figura del Cordero inmolado en la cruz y en nuestros altares. La Eucaristía es la realidad de todas aquellas figuras, es la verdad de aquella sombra. La Eucaristía es un holocausto, porque Jesucristo se ofrece entero en la consagración y en la comunión. Este sacramento es una víctima pacífica; nos alcanza de Dios la paz y todos sus bienes. Es un sacrificio de expiación, en el que Jesucristo se ofrece y satisface por nosotros..... Es un sacrificio de propiciación, porque con él obtenemos el perdón de los pecados veniales, de los pecados mortales, y la remisión entera ó parcial de las penas temporales debidas por los pecados mortales perdonados. Este sacramento remite inmediatamente los pecados mortales, porque se obtiene de Dios, por medio suyo, la gracia preveniente y la contrición con la cual quedan remitidos estos pecados.

La Eucaristía es el mayor y el más perfecto de todos los sacrificios, el único grande y el único perfecto. Con este sacrificio, Dios es tan honrado como desea y merece; es infinitamente honrado, puesto que un Dios se ofrece á Dios.

5.º En tiempo de Moisés se verificó un gran prodigio. Vió que ardía una zarza sin consumirse. Moisés quiso ver de cerca aquella maravilla; pero oyó una voz que le gritaba: No te acerques, deja tu calzado, porque el lugar que pisas es santo. En medio de aquella zarza ardiente residía la majestad divina que hablaba con Moisés. En aquel lugar eligió el Señor á Moisés para jefe de su pueblo y le dió á conocer sus voluntades. La Eucaristía encierra todas estas maravillas. El esplendor de la Divinidad se oculta bajo la hojarasca de la humanidad, y está envuelta en la apariencia del pan, como la zarza lo estaba con diversas hojas, y la humanidad no está consumida por la Divinidad, y la apariencia del pan no se destruye. Allí nos elige el Señor para el cielo; allí nos da á conocer sus voluntades. Es la cosa más santa, y no debemos acercarnos á ella sino con un respeto santo mezclado de temor y de confianza. Dios nos instruye sobre nuestros sagrados tabernáculos, y nos insta para que salgamos del Egipto, es decir, de nuestros pecados y de nuestras malas costumbres.....

6.º Los judíos fueron salvados por el exterminio del ángel, por la sangre del Cordero pascual. Era preciso comer aquel Cordero de pié, con los riñones ceñidos, y comerlo con lechugas silvestres. Aquel Cordero pascual no era más que la figura de Jesucristo. La sagrada Eucaristía nos preserva del ángel de exterminio, es decir, del demonio. Hemos de recibirla de pié, es decir, en estado de gra-

cia, y con los riñones ceñidos, es decir, con pureza. Las lechugas silvestres, amargas, nos dicen que hemos de comulgar con sentimientos de penitencia, de compunción y de pesar por haber ofendido á Dios.....

7.º Acordémonos de la columna de fuego y de nubes que guiaba al pueblo de Dios. Aquella columna era luminosa para el pueblo judío, y llena de tinieblas para los egipcios. Así también la Eucaristía ilumina, calienta, abraza á los que se acercan á ella dignamente, mientras que ciega, hiela y precipita en el abismo á los profanadores.....

8.º El maná era la figura de la Eucaristía. La Eucaristía contiene en grado eminente todas las maravillas del maná. 4.º Tiene el mismo color en las especies eucarísticas. 2.º La dulzura es propia del uno y de las otras. 3.º Sólo después de haber renunciado los hebreos al alimento de Egipto, comieron maná; y también tan sólo después de haber renunciado á las culpables pasiones podemos comer el pan eucarístico. 4.º El maná se corrompía en poder de los infieles y de los avaros, y la comunión es también para ellos un alimento mortal. 5.º El maná no se dió sino después del paso del mar Rojo, y la Eucaristía no se da tampoco sino después del bautismo. 6.º El maná sólo cayó en el desierto; y Jesucristo quiere también habitar solamente en un corazón separado del tumulto del mundo. 7.º Fortificados por el maná, los hebreos combatieron y vencieron á Amalec; y fortificados nosotros por la Eucaristía, somos vencedores de las tentaciones, de los demonios y de los obstáculos opuestos á la salvación. 8.º El maná tenía todos los gustos apetecibles; y la Eucaristía encierra los más suaves gustos de la divinidad, de la gracia y de la virtud. 9.º El maná bajaba del cielo, y también de allí baja la Eucaristía..... 10.º El maná tenía la forma de un grano pequeño, y la Eucaristía se halla en las más pequeñas partículas del pan consagrado. 11.º Los judíos quedaron admirados ante aquel milagro, y los cristianos deben sentirse arrebatados de admiración, de alegría, de amor y de reconocimiento ante el inefable prodigio de la Eucaristía. 12.º Todos recogían la misma cantidad de maná; y en la santa mesa cada uno recibe á Jesucristo entero. 13.º El maná se recogía durante los seis días de la semana y se conservaba para el sábado, día de reposo. Así también en el día de fiesta de la eternidad, caerá el velo del sacramento: veremos aquel gran misterio cara á cara, y descansaremos en el seno de Dios. 14.º El maná cesó en la tierra prometida, y en la tierra de los vivos la Eucaristía cesará también bajo las especies del pan y del vino, y poseeremos á Dios, y será nuestro alimento constante y visible.

9.º Acordémonos de las condiciones del arca de la alianza, que construida con madera incorruptible, contenía el propiciatorio en el que residía el Señor en medio de los querubines, y encerraba también el maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. Con aquella arca, el pueblo de Dios atravesó el Jordán á pié enjuto para entrar

mais entero, resultando que todos tenemos el mismo Dios en nosotros y no formamos más que un mismo cuerpo. (Homil. LX. ad pop.).

Estamos todos unidos en la santa comunión, así como los dos brazos están unidos por medio del cuerpo, pues uno y otro están unidos al cuerpo.

Somos los miembros del cuerpo de Jesucristo, de su carne y de sus huesos: *Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus.* (Ephes. V. 30). Unidos juntos tan noble y santamente en cuanto al cuerpo, ¿habríamos de estar separados y divididos en cuanto al corazón?...

Este sacramento, dice S. Crisóstomo, nos obliga á estar exentos no sólo de toda rapina, sino también de toda ligera enemistad: *Hoc mysterium non tantum á rapina, verum et ab omni vel tenui inimicitia purum esse jubet.* (Homil. LX. ad pop.).

La sagrada comunión es el lazo de la caridad respecto de nuestros semejantes, porque recibimos al mismo Dios, que á todos dijo: Si al ofrecer vuestro don en el altar, os acordais de que vuestro hermano abraza algún resentimiento contra vosotros, dejad vuestro don delante del altar, é id á reconciliaros desde luego con vuestro hermano, y volved después á ofrecer vuestro don. (Math. V. 23-24). Recibimos al mismo Dios que nos dijo á todos: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian. (Math. V. 44). Recibimos al que dijo: No tenéis más que un amo, y todos sois hermanos. (Math. XXIII. 8). Recibimos al mismo Dios, que manda que todos nos amemos unos á otros, como nos ha amado. (Joann. XIII. 34).

La sagrada comunión es lazo de caridad hacia el prójimo; no sólo porque recibimos el mismo Dios, que nos manda amarnos unos á otros y perdonarnos mutuamente, sino también porque recibimos al Dios que ha unido el ejemplo al precepto, que ha amado á todos los hombres, y ha perdonado y hecho gracia á los más grandes pecadores. En la cruz pidió á su Padre misericordia para los que de él blasfemaban, para los que le mataban....

En la sagrada mesa, ¡o espectáculo tierno y hermoso! existe una igualdad perfecta: allí no hay distinción de ricos ni de pobres, de grandes ni de pequeños, de fuertes ni de débiles, de amos ni de esclavos. Todos están al lado unos de otros, recibiendo el mismo alimento, recibiendo al mismo Dios. Allí no hay pues más que una sola familia de Dios, la familia de la Iglesia....

La sagrada comunión es el lazo que nos une, porque el Dios que recibimos es nuestro Padre. Y recibiendo todos al mismo Padre, necesariamente todos somos hermanos, siendo todos hijos del Padre que se nos entrega.... ¿No es un sólo Padre el de todos? dice el profeta Malaquías. ¿No es un sólo Dios el que nos ha criado? ¿Por qué desprecia pues cada uno de nosotros á su hermano, violando la alianza hecha con nuestros antepasados? (II. 10).

Quando un capitán entraba en otro tiempo triunfante en la ciudad de Roma después de una gloriosa victoria, la ceremonia más significativa que practicaban consistía en demoler parte de las murallas para hacerle entrar por la brecha, como si los romanos hubiesen querido decirle: Ya no necesitamos murallas, ya no necesitamos fortificaciones; tú sólo, ó gran capitán, bastas para defendernos; tu presencia nos servirá de muralla. De la misma manera debemos obrar cuando tenemos á Jesucristo con nosotros por la santa comunión; es preciso alejar el temor servil, estar lleno de confianza y decirle con el Real Profeta: Ningun mal temeré, Señor, porque os hallais conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* (XXII. 4).

Un combate grande y cruel nos espera; los soldados de Jesucristo deben disponerse con energía, no olvidándose de beber cada día el cáliz de la sangre de Jesucristo, para que puedan derramar la suya por él: *Gravior et ferocior pugna nunc imminet, ad quam virtute robusta parare se debent milites Christi; considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi; eicere, ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere.* (Epist. LVI. ad Thib.).

Cuando pasó el ángel exterminador para herir á los egipcios, repitió todas aquellas cosas cuyo diñel estaba teñido con la sangre del cordero. (Exod. XII). Nuestros enemigos tiemblan ante Jesucristo, nos respetan, y sobre todo no pueden venerarnos, provistos como estamos de la sangre del cordero de Dios....

Nos retiramos de la sagrada mesa como leones que van al combate, dice S. Crisóstomo, porque somos entonces terribles para los demonios: *Quasi leones ignem spirantes ab illa mensa recedimus, facti demonibus terribiles.* (Homil. LXI ad pop.).

Todo lo puedo con el que me fortifica, dice el gran Apóstol: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13). Si Dios está con nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? añade en otra parte el mismo apóstol: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31).

Después de haber comido el profeta Elías el pan que un ángel le trajo, se halló tan fuerte, que anduvo durante cuarenta días sin detenerse y sin tomar ningún alimento, hasta que llegó á la montaña de Dios, dice la Escritura: *Qui cum surrexisset, comedit et bibit, et ambulabit in fortitudine cibi illius, quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei.* (III. Reg. XIX. 8). ¡Ah! si tan sencillo alimento dió tanta fuerza al Profeta, ¿qué fuerza no ha de comunicarnos la divina Eucaristía?

Dicen las Actas de los Apóstoles que habiendo Saulo tomado alimento quedó fortificado: *Et cum accepisset cibum, confortatus est.* (IX. 19).

Han vencido con la sangre del cordero, dice el Apocalipsis: *Vicerunt propter sanguinem agni.* (XII. 11).

Señor, dice el Salmista, me habeis preparado una mesa contra los que me hacen la guerra: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* (XXII. 5).

La cuarta vortaje es que la comunión nos fortifica.

Tres enemigos mortales, el demonio, el mundo y la carne, conspiran sin cesar para perdernos y nos hacen una guerra encarnizada. Bien podemos decir con Jeremías: Todos nuestros enemigos han abierto la boca contra nosotros; han silbado, han rechinado sus dientes, y han dicho: Los devoraremos. (*Lament II. 16*). Nuestros perseguidores han sido más veloces que las águilas; nos han perseguido, y nos han dispuesto asechanzas: *Velociores fuerunt persecutores nostri aquilis celi, persecuti sunt nos, insidiati sunt nobis*. (*Lament. IV. 19*). Cada día y cada momento hieren y destruyen á muchos de nosotros.

El demonio, lleno de envidia, de orgullo, de odio y de rabia, nos hace una guerra cruel. Por esto nuestro Señor advierte á sus Apóstoles en la persona de Pedro: Simon, Simon, le dice, hé aqui que Satanás os ha pedido para cribaros como trigo: *Simon, Simon, ecce Satanás expetivit vos, ut cribaret sicut triticum*. (*Luc. XXII. 21*).

El mismo S. Pedro nos dice por otra parte: Sed sobrios y vigi- lada, porque nuestro enemigo, el demonio, da vueltas al rededor vuestro como un león rugiente que trata de devorar su presa: *Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester, diabolus, tanquam leo rugiens, circumi, quaerens quem devoret*. (*I. V. 8*).

Desgraciada la tierra, desgraciado el mar, pues el demonio ha bajado á vuestro seno, lleno de gran ira, dice el Apocalipsis: *Vae terrae et mari, quia descendit diabolus ad vos, habens iram magnam*. (*XII. 12*). Tiene la habilidad de la serpiente, el furor del tigre, la fuerza del león, la voracidad del lobo, la actividad del rayo, el ojo del águila, las garras del buitre, el veneno del áspid, y la mordedura de la víbora. ¿Cómo hemos de escapar á este monstruo? Con la sagrada comunión. Cuando Jesucristo estaba en la tierra, ahuyentaba del cuerpo de los poseidos á legiones de espíritus infernales con una sola palabra; ¿cómo habrían, pues, de resistir los demonios á su divina presencia en un corazón que le ha recibido y le posee?.....

El mundo no es un enemigo ménos peligroso que el demonio. El mundo corrompido es hijo mayor de Satanás..., es enemigo jurado de Jesucristo, de sus leyes, de su religion, de la virtud y de la inocencia.... Está lleno de seducciones, de escándalos, de causas de muerte espiritual, etc. ¿Cómo hemos de vencer al mundo? Con la sagrada comunión....

Y la concupiscencia ¿no es aún un enemigo más formidable? El hombre es un enemigo mortal de sí mismo, enemigo tanto más peligroso, cuanto que no se aleja jamás de nosotros, y está en nosotros; enemigo tanto más temible, cuanto que el demonio y el mundo nada pueden sin él y todo lo hacen por él. ¿Como debilitar y vencer esta pérfida concupiscencia? Con la comunión.... El cuerpo de Jesucristo unido al nuestro calma todas las pasiones, manda á los vientos, á las tempestades y al mar iritado y produce una gran tranquilidad: *Imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna*. (*Matth. VIII. 26*). Cuando la sangre de Jesucristo corre en nues-

tras venas, al momento sentimos un celestial fresco que amortigua el fuego de la concupiscencia....

Santo Tomás dice que una de las razones por que este divino sacramento nos libra de las tentaciones, haciéndonoslas vencer, es que, habiendo sido dominados por la muerte de Jesucristo el infierno, el mundo y la concupiscencia, y siendo este sacramento una representación de su muerte, todos estos enemigos huyen y desaparecen así que ven la santa Eucaristía. (*De SS. Sacram.*)

¿De dónde venia en los mártires, pregunta S. Crisóstomo, aquel valor invencible que les hacía superiores á todos los asaltos, á todas las persecuciones, á todos los tormentos, á todas las promesas y seducciones? Del cuerpo adorable de Jesucristo, responde el mismo santo Doctor. (*Homil. I. ad pop.*). Nutridos con aquel celestial manjar, dice S. Agustín, despues de apagar la sed con aquel vino delicioso, hallándose como saciados con el divino alimento, y embriagados con el vino que hace las vírgenes, se hacían superiores á los más crueles tormentos, y muchas veces ni siquiera los sentían: *Quia bene manducaverat, et bene biberat; tanquam illa asca saginatus, et illo calice ebrius, tormenta non sensit*. (*De S. Laurent.*). Este divino sacramento, dice S. Crisóstomo, les hacía mirar los suplicios y la muerte como un delicioso festin, donde iban á sentarse llenos de felicidad y de alegría. (*Homil. LXI. ad pop.*)

Aquel que sabe dominarse en la ira, dice S. Bernardo, aquel que sabe dominarse en la envidia, en la injuria y en todas las demás inclinaciones, debe dar gracias al cuerpo y á la sangre de Jesucristo; la virtud de este sacramento es la que obra en él: *Si quis vestrum non tam saepe modo, non tam acerbos sentit iracundiae motus, invidiae, luxuriae, ac ceterorum hujusmodi, gratias agat corpori et sanguini Domini; quoniam virtus sacramenti operatur in eo*. (*Serm. I. in Cena Dom.*)

La sagrada mesa, dice S. Crisóstomo, es la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la esperanza, la salvacion, la luz y la vida del hombre: *Hae mensa anima nostra vis est, nervi mentis, fiducia vinculum, fundamentum, spes, salus, lux, vita nostra*. (*Homil. XXIV. in I. Cor.*)

La Eucaristía es un pan sustancial que fortifica el corazón, el alma, el espíritu y el cuerpo....

La virtud de la Eucaristía ha hecho ganar insignes victorias.

Debiendo el emperador Othon librar una batalla á los húngaros, se preparó comulgando él y su ejército; luego atacó y derrotó completamente á los enemigos, el año 955. El cardenal Baronius atestigua este hecho. El mismo historiador cuenta que Catalaco, general de las tropas del emperador Mignel, batió y dispersó completamente á un numeroso ejército de sarracenos que se habían apoderado de una provincia del imperio: Catalaco habia hecho comulgar en viático á sus soldados ántes de empezar la batalla.

Teodoro dice en sus escritos que Constancio, hijo del gran Cons-